

Convivencia y urbanismo

Estudio de la zona vulnerable Caamaño y Las Viudas del barrio de Las Delicias en Valladolid

Este artículo describe cómo los cambios demográficos y económicos que se han vivido en las últimas décadas en una zona vulnerable de un barrio popular influyen en las relaciones comunitarias y en la cohesión social. Mediante una metodología cualitativa basada en grupos de discusión hemos tratado de reconocer dónde están los puntos de fricción y dónde están las nuevas oportunidades de construcción comunitaria. Los conflictos más relevantes son los derivados de las situaciones de pobreza, especialmente en los hogares, aunque también existen otros conflictos que surgen de la distancia y los celos entre quienes pertenecen a sistemas culturales diferentes. Las oportunidades para la recuperación de las relaciones comunitarias las encontramos en las redes de capital social que tienden puentes entre diferentes y en la participación vecinal, sobre todo cuando esta implica a los grupos sociales que tradicionalmente han quedado excluidos de la esfera pública.

Observar los barrios nos permite leer con detalle muchos de los procesos sociales que ocurren a nivel global. El cambio de modelo hacia sociedades posindustriales, los efectos de las crisis económicas, el envejecimiento poblacional o la llegada de la inmigración se materializan en nuevas formas de sociabilidad dentro de las comunidades urbanas, que a su vez se ven influidas por las condiciones urbanísticas y residenciales. En este contexto cambiante, cobra un especial interés el estudio de los barrios más vulnerables. La vulnerabilidad social se define como una situación intermedia entre la integración y la exclusión y pone el foco en el riesgo que tienen distintos colectivos o personas de quedar excluidos.¹ Desde el punto de vista territorial hablamos de vulnerabilidad urbana, que se refiere a «la potencialidad de que la población de un determinado espacio urbano concreto sea afectada por alguna(s) circunstancia(s) adversa(s)».²

Álvaro Martínez García-Salmones es sociólogo y miembro del Grupo de convivencia y urbanismo de la Red Delicias

¹ R. Castel, «La dinámica de los procesos de marginalización: de la vulnerabilidad a la exclusión», en M. Acevedo, y J. Volnovich.(eds.), *El Espacio Institucional*, Lugar Ed., Buenos Aires, 1991.

² J. Alguacil; J. Camacho y A. Hernández Aja, «La vulnerabilidad urbana en España. Identificación y evolución de los barrios vulnerables», *Empiria*, Revista de Metodología de Ciencias Sociales, núm. 27, 2017, p. 77.

Esta investigación se ha centrado en una zona especialmente vulnerable dentro del barrio de las Delicias en Valladolid conocida como Caamaño y Las Viudas, que está delimitada en el «Catálogo de Barrios Vulnerables» elaborado desde el Ministerio de Fomento a partir de los datos censales.³ Esta parte del barrio fue construida en los años sesenta del pasado siglo para alojar a una gran cantidad de trabajadores provenientes de otros lugares del país en pleno auge industrial de la ciudad. Los indicadores de vulnerabilidad de esta zona son especialmente elevados en relación al ámbito residencial, registrándose altos porcentajes de infravivienda y hacinamiento. También existe una concentración de población con bajos niveles formativos y precariedad laboral, relacionada especialmente con la presencia de una importante comunidad gitana. Además, en los últimos veinte años esta zona ha atraído a un gran número de inmigrantes, debido principalmente a los precios asequibles de las viviendas, formándose diversas comunidades étnicas y nacionales.

El estudio que se presenta aquí forma parte de un proyecto más amplio de investigación y acción social. Surge de un proceso colectivo impulsado desde la parroquia de Santo Toribio en el que además han participado distintas entidades y personas implicadas en el movimiento vecinal del barrio, representadas en un colectivo llamado Red Delicias. El objetivo de esta investigación fue el de elaborar un diagnóstico que permitiera avanzar hacia propuestas de mejora de las condiciones de vida en el barrio, teniendo en cuenta la relación entre lo urbanístico y lo social.

Para ello hemos empleado una metodología cualitativa basada en grupos de discusión. En total se formaron siete grupos de discusión con la pretensión de representar una parte de la diversidad del barrio, atendiendo a criterios étnico-nacionales, de género y generacionales. El uso de esta metodología nos ha permitido ahondar en las percepciones y en los significados que las personas atribuyen a sus experiencias cotidianas y además, nos ha permitido abrir un espacio de comunicación y reflexión en el barrio, contribuyendo al reconocimiento de las diversas realidades que conviven en él.

El cambio social en el barrio: de obrero a multicultural

La transformación que ha sufrido el barrio en las últimas décadas es una buena muestra de los cambios sociales que se han vivido en el país durante este periodo. La cultura comunitaria asociada a los barrios obreros ha ido perdiendo peso a la vez que emergía la construcción subjetiva de las clases medias. En las clases medias los valores individualistas se abren paso, lo que lleva a muchas personas a emprender nuevos proyectos familiares en lugares alejados del fragor comunitario, como los extrarradios suburbanos.

³ El «Catálogo de Barrios Vulnerables» es accesible en: <http://apps.fomento.gob.es/barriosvulnerables>

La zona de Caamaño y Las Viudas ha sufrido este proceso con especial virulencia. El abandono de las nuevas clases medias, motivado además por las deficientes condiciones urbanísticas y residenciales, supuso un vaciamiento y un desequilibrio demográfico en la última parte del siglo XX. Durante ese periodo también se establece una importante comunidad gitana en la zona de Las Viudas, donde se concentran las viviendas de peor calidad. A principios del siglo XXI se produce en España un *boom* inmigratorio, protagonizado por migrantes económicos.⁴ Zonas como esta, con viviendas baratas y vacías, se convierten en los destinos posibles para las personas migrantes. La existencia de redes migratorias basadas en la reciprocidad y solidaridad entre las personas provenientes de las mismas zonas geográficas hace que con el tiempo se establezcan comunidades étnicas y nacionales en estos lugares.

La transformación que ha sufrido el barrio en las últimas décadas es una buena muestra de los cambios sociales que se han vivido en el país durante este periodo

La transformación de un barrio relativamente homogéneo, en donde la mayoría de las personas compartía una misma clase social, nacionalidad y religión, ha dado lugar a una realidad cada vez más diversa, con segmentos sociales mucho más diferenciados. Este cambio ha sido asumido por los vecinos de la mayoría tradicional de forma desigual, en donde la dimensión generacional es importante para entender las percepciones del cambio.

«Hombre, la realidad es que ha pegado un cambio que a más de uno le ha pillado a contrapié [...], el caso de mis hijos es que han nacido en el barrio, han vivido en el barrio, y han asumido el cambio, el cambio que ha habido en estos años con la inmigración y todo eso pues lo han vivido y lo han asumido, yo creo, y nosotros a lo mejor es que estamos, todavía nos hemos quedado en el momento del cambio». Hombre de mayoría tradicional, 63 años.

El aumento de la diversidad y la coexistencia entre distintos grupos con distintas miradas de la realidad, despierta recelos y conflictos en la convivencia. En este contexto, se producen dentro de la mayoría tradicional, especialmente entre las personas más mayores, discursos nostálgicos y de idealización del pasado. La existencia de una memoria colectiva establece una identidad barrial que fortalece los lazos comunitarios y de arraigo al territorio. Sin embargo, cuando esa memoria colectiva se vuelve excluyente o exige un peaje a los que no han formado parte del pasado del barrio, esta deja de funcionar como pegamento

⁴ J. Arango, «Después del gran boom: la inmigración en la bisagra del cambio». En «La inmigración en tiempos de crisis», en E. Aja; J. Arango; J. Oliver (Eds.), *Anuario de la inmigración en España*, Fundació CIDOB, Barcelona, 2009, pp. 52-73.

entre grupos. La clase social y la definición del barrio como obrero se convierten en argumentos para considerar el barrio como algo propio que les pertenece en exclusividad.

«Y este barrio está levantao por obreros, y ahora estamos acojonaos por gente de esta, y no soy racista, pero me lo están haciendo ser». Hombre, mayoría tradicional, 55 años.

Podemos interpretar este discurso nostálgico como un cruce entre las realidades biográficas e históricas. Por un lado, las percepciones sobre el pasado no son fidedignas ni constantes, pues tienden a seleccionar los recuerdos positivos frente a los negativos.⁵ Por otro lado, existe una tendencia a interpretar en clave local cambios sociales que se han producido a nivel global. Ejemplo de esto es el aumento de la percepción de inseguridad, algo que está relacionado con la creciente importancia que se le atribuye a la gestión de los riesgos en las sociedades contemporáneas.⁶

«Desde hace 20 años acá. Antes no había ningún problema. Dejabas el coche abierto y no pasaba nada». Hombre gitano, 35 años.

Para ver con más detalle los cambios en esta zona vamos a recurrir a distintas perspectivas. En primer lugar desde un punto de vista urbanístico y residencial, centrado en la perspectiva de la segregación urbana. Posteriormente nos fijaremos en las cuestiones relacionales; en cómo se identifican y se diferencian los distintos grupos que conviven en el barrio, por un lado, y en cómo se tejen las redes de afinidades y vínculos de capital social por otro. Por último, reflexionaremos sobre la participación y los distintos grados de implicación que tienen las personas del barrio en la construcción de su futuro.

El espacio urbano segregado

La segregación residencial es la distribución desigual de los grupos sociales que habitan el territorio.⁷ Más allá de esta definición debemos fijarnos en las relaciones de poder que influyen en esa distribución desigual y en los motivos sociales y económicos que la producen. Desde este punto de vista, la segregación no es la autoexclusión de un grupo en una zona concreta, sino un proceso forzoso que crea una determinada distribución territorial y que reproduce las desigualdades sociales.⁸

⁵ A. Hirsch, «Nostalgia: a Neuropsychiatric Understanding», *Advances. Consumer Research*, núm. 19, 1992, pp. 390-395.

⁶ U. Beck, *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad*, Paidós, Barcelona, 1998.

⁷ M.J. White, «The Measurement of Spatial Segregation», *The American Journal of Sociology*, núm. 88, vol. 5, 1983, pp. 1008-1018.

⁸ D. Massey y N. Denton, *American Apartheid. Segregation and the making of underclass*, Harvard University Press, Londres y Massachusetts, 2003.

En la zona de Caamaño y las Viudas existe una segregación residencial por motivos socioeconómicos. La concentración de hogares con rentas bajas es mucho mayor aquí que en otros lugares de la ciudad. Esta es la dimensión objetiva de la segregación, la que mide las condiciones económicas, pero también existe otra dimensión subjetiva vinculada a las percepciones sobre esos lugares.⁹ Las zonas que sufren una segregación socioeconómica se ven sometidas a percepciones negativas por parte de las personas que viven fuera de ella, pero también por parte de las que viven en allí. La estigmatización territorial¹⁰ y las condiciones de pobreza en el barrio se retroalimentan, contribuyendo a la depreciación de las viviendas y al fortalecimiento de la segregación.

La existencia de una memoria colectiva establece una identidad barrial que fortalece los lazos comunitarios y de arraigo al territorio. Sin embargo, cuando esa memoria colectiva se vuelve excluyente o exige un peaje a los que no han formado parte del pasado del barrio, esta deja de funcionar como pegamento entre grupos

Las condiciones de pobreza se hacen espacialmente palpables en algunos hogares. La existencia de hogares multifamiliares, de realquileres de habitaciones y de camas produce situaciones de hacinamiento que suelen repercutir de manera negativa en la convivencia dentro de los edificios. Otra de las situaciones que produce hacinamiento es la cohabitación de varias generaciones familiares dentro de una vivienda. Esto, que a priori podría ser algo enriquecedor, se convierte en problemático cuando las personas no disponen de un espacio propio en el que desarrollar su intimidad. A los problemas relacionados con la estructura de los hogares hay que sumar los que tienen que ver con la situación de las viviendas. Las viviendas con mayores problemas de aislamiento son las que albergan los hogares con mayor riesgo de pobreza energética. Por otro lado, la falta de accesibilidad por la ausencia de ascensores de una parte de los edificios provoca la expulsión de los vecinos más dependientes, especialmente de las personas mayores.

El hacinamiento y las condiciones de infravivienda conducen a una ampliación de la esfera privada al espacio público. Este hecho tiene algunos beneficios como el fortalecimiento de los lazos comunitarios, pero también provoca situaciones en las que el espacio público se interpreta como un espacio exclusivo de quienes viven allí. Es paradigmático el caso de la zona de Las Viudas, que forma una comunidad diferenciada dentro del conjunto.

⁹ F. Sabatini, G. Cáceres y J. Cerda, «Segregación residencial en las principales ciudades chilenas: Tendencias de las tres últimas décadas y posibles cursos de acción», *Eure*, núm. 27, vol. 82, 2001, pp. 21-42.

¹⁰ L. Wacquant, *Los condenados de la ciudad: Gueto, periferias y Estado*, Siglo XXI, Madrid, 2007.

En esta zona, el espacio de la calle es, desde un punto de vista formal, espacio público, sin embargo, en algunas ocasiones, las personas que no viven allí lo ven como un espacio ajeno y exclusivo de la comunidad gitana. A la vez, algunos de sus vecinos tienen un apego muy fuerte por ese vecindario, al que consideran “su barrio”.

«Que no solo es su lugar también nosotros [no gitanos] estamos conviviendo con ellos [gitanos], es un lugar que a veces nosotros también podemos pasar sin ningún problema o tendríamos que pasar sin ningún problema». Mujer de origen peruano, 18 años.

Este hecho influye en las percepciones sobre el barrio y contribuye a fortalecer la imagen de ciertas zonas como gueto, lo que implica una imagen asociada con la delincuencia y la conflictividad. La imagen del barrio como conflictivo también guarda relación con la percepción de la multiculturalidad. La atribución de responsabilidades sobre los conflictos del barrio se dirige, en la mayoría de los casos, hacia las personas que pertenecen a otras culturas. En algunas ocasiones, los medios de comunicación contribuyen a perpetuar esta imagen de la conflictividad como una cuestión cultural.

«Lo leí incluso en un recorte del periódico, que lo que es la calle Hornija con Caamaño, es, es muy... Ellos hablan de una nacionalidad en particular, que son como los rumanos, los búlgaros, y los... de Latinoamérica hablaban de los dominicanos, entonces... yo creo que... no es que sea malo en general sino que algunas nacionalidades, no nacionalidades sino algunas personas marcan la diferencia para mal». Mujer de origen venezolano, 30 años.

Los medios de comunicación contribuyen a la circularidad de estos discursos e influyen de manera decisiva en las propias imágenes que las personas se forman sobre su barrio. Algunos vecinos, especialmente los más jóvenes, perciben que la imagen de barrio conflictivo se ha construido sobre esa circularidad, que tiene una parte de mito y otra de realidad, pero que al ser reproducida por vecinos y ajenos consigue magnificar la percepción de inseguridad.

«Una fama mala, y se ha empezao a desarrollar en ese sentido, pero, vamos, el Parque de la Paz nunca ha sido como se estaba hablando hace tiempo y, antes para mí sí que era un lugar de encuentro bastante agradable y tal, pero ahora con unas lenguas y que la gente tiene miedo, pues, obviamente la gente no va». Hombre mayoría tradicional, 21 años.

Estos discursos sobre la inseguridad ciudadana están insertos en un marco de culpabilización a lo diferente que se alimenta de las distancias que existen entre algunos grupos. En el siguiente apartado vamos a describir cómo se construyen esos procesos que categorizan y prejuzgan a los diferentes.

Las representaciones de los otros

El concepto de *otredad* es un recurso utilizado por las ciencias sociales para referirse a la diferenciación construida a través de representaciones basadas en la estereotipificación como práctica que esencializa, reduce a oposiciones binarias y naturaliza las diferencias entre los grupos humanos.¹¹ En esa identificación se ponen en marcha procesos automáticos y sesgos cognitivos que tienden a favorecer y a percibir de manera positiva a los miembros del grupo propio –endogrupo– frente a los miembros de otros grupos –exogrupo–.¹² Una de las formas más reconocibles de ese tipo de oposiciones binarias en los discursos se establece con la diferencia entre el *nosotros* y el *ellos*.

«Y las peleas que tienen entre ellos, eh, entre ellos tienen muchas peleas, [...] y cuando estaba este bar abierto que lo regentaban unos dominicanos, es que era todos los días, entre ellos, que a nosotros no, pero entre ellos sí, y los rumanos y yo, vamos, [...] ya no contra nosotros, entre ellos». Hombre, mayoría tradicional, 55 años.

Existe un amplio abanico de construcciones lingüísticas para representar figuras sociales antagónicas y complementarias que aparecen siempre en forma de binomio. La oposición más evidente de todas las que se produce es la referida al origen o la pertenencia étnica. En otras ocasiones, los criterios utilizados responden a la identificación de género o de edad, originando identidades transversales a los grupos étnicos.

La atribución de responsabilidades sobre los conflictos del barrio se dirige, en la mayoría de los casos, hacia las personas que pertenecen a otras culturas. En algunas ocasiones, los medios de comunicación contribuyen a perpetuar esta imagen de la conflictividad como una cuestión cultural

Esta distancia es muy visible entre los adultos, pero se disipa en el caso de los jóvenes que llevan compartiendo experiencias interculturales desde la escuela. La pérdida de relevancia de la cuestión nacional o étnica en el grupo de jóvenes quedaba limitada por la excepción de la comunidad gitana, que aquí también es vista como diferente. A pesar de esto, las experiencias compartidas entre jóvenes gitanos y no gitanos reducen la distancia entre grupos y mejoran las percepciones hacia lo diferente.

¹¹ S. Hall, «El espectáculo del otro. El trabajo de la representación», en E. Restrepo, C. Walsh y V. Vich (eds.), *Sin garantías: Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*, Envió ed., IEP, Instituto Pensar, P.U. Javeriana, UASB, 2011.

¹² H. Tajfel y J. Turner, «An integrative theory of intergroup conflict», en W.G. Austin y S. Worchel (Eds.), *The social psychology of intergroup relations*, Monterey: Brooks/Cole, 1979.

«Yo por ejemplo, yo en primaria y en secundaria siempre he estado rodeado en clase de gitanos y yo nunca he tenido ningún problema, además yo con los que más me relacionaba era con ellos más que con los otros». Hombre, mayoría tradicional, 19 años.

Otra de las dicotomías que hemos visto tiene que ver con el tiempo de residencia en el barrio: *los de siempre* y *los nuevos*. Esta oposición ha estado presente en el discurso de algunas personas de la mayoría tradicional cuando hacían referencia a los gitanos que llevan más tiempo viviendo en el barrio frente a los que llevan menos, fueran estos gitanos o inmigrantes. En este caso, la categorización hacia los gitanos sigue estando presente, pero adquiere una connotación de familiaridad y de pertenencia: *nuestros gitanos*.

«Los gitanos, los nuestros, los de toda la vida». Hombre, mayoría tradicional, 55 años.

De manera similar a esta, existe la dicotomía entre *los de dentro* y *los de fuera*. En la retórica dentro/fuera se establecen unas fronteras que pueden ser simbólicas, culturales o nacionales, en las cuales se incluyen o se excluyen a los distintos grupos. En la mayoría de ocasiones este tipo de retórica viene acompañada de prejuicios que se emplean como forma de culpabilización sobre problemas como la delincuencia.

«-¿Y la delincuencia esta la has visto durante todos estos años o solo...?». Moderadora.

«-Sí, desde que ha venido tanta gente de fuera». Mujer gitana, 30 años.

Los prejuicios se materializan en la conversación mediante una serie de mecanismos de persuasión que consisten en la autopresentación positiva del *nosotros* y negativa del *ellos*.¹³ Los discursos de culpabilización hacia el exogrupo se producen paralelos a los de victimización del endogrupo. Las personas asumen que se les trata de forma desventajosa por su condición étnica o por razón de su procedencia. La victimización aparece frecuentemente relacionada con la competición por los recursos públicos y los discursos sobre las ayudas sociales.

«A ellos [extranjeros] les quieren [la administración]. Sí, y a ellos les tienen por buenos y a nosotros por malos». Hombre gitano, 35 años.

Los prejuicios se manifiestan mediante la discriminación, que a su vez pone de relieve las asimetrías en la distribución del poder. La complejidad social no nos permite hacer una clasificación dicotómica entre discriminados y discriminadores. La intersección entre la clase social, la edad, el género, el grupo étnico, la nacionalidad o la procedencia nos ayuda a dibujar un mapa de las jerarquías que entran en juego en las relaciones sociales.

¹³ T. Van Dijk, «Ideología y análisis del discurso», *Utopía y praxis latinoamericana*, núm. 10, vol. 29, 2005, pp. 9-36.

El capital social: vínculos y puentes

La multiplicación de la diversidad ha traído importantes cambios en las formas de relación entre las personas del barrio. Para observar cómo han cambiado las relaciones interpersonales hemos recurrido a la perspectiva del capital social, que nos ayuda a interpretar qué tipo de vínculos y redes se tejen dentro de una comunidad. Pierre Bourdieu define el capital social como «el conjunto de recursos actuales o potenciales que están vinculados con la posesión de una red estable de relaciones».¹⁴

Hemos querido distinguir aquí entre dos de los tipos de capital social que emplea Robert Putnam en sus análisis: vínculo y puente.¹⁵ El capital social vínculo se refiere al que existe dentro de grupos que tienen alguna característica homogénea, y se produce en contextos como la familia, grupos de amigos, grupos políticos o comunidades étnicas y nacionales. El capital social puente se fija en los vínculos abiertos que tienden puentes entre personas que pertenecen a grupos diferentes. En este caso las relaciones son más débiles, pero tan importantes o más para el desarrollo de la vida comunitaria porque rompen las barreras que existen entre los distintos grupos.

El cambio en la estructura poblacional del barrio en las últimas décadas ha hecho que la comunidad formada por la mayoría tradicional se haya reducido considerablemente. Muchas de las personas más mayores, que llevan viviendo en el barrio desde que eran jóvenes han visto como su vecindario ha pasado de ser un lugar lleno de vínculos a un sitio lleno de desconocidos. Algunos de los descendientes de estas personas han comenzado nuevos proyectos familiares lejos del barrio. Buena parte de sus amigos o compañeros se han mudado o han fallecido. El lugar que ocupaban personas con las que mantenían lazos de afinidad, ahora lo ocupan otras personas con las que no pueden –o no quieren– establecer lazos.

La sensación de extrañeza en su propio barrio queda patente cuando hablan sobre los usos del espacio público. Las personas de mayoría tradicional que participaron en la investigación, no reconocían los espacios públicos como lugares de reunión, sino como espacios de individualidad, donde ir, por ejemplo, a pasear con el perro. Los vínculos fuertes de las personas de la mayoría tradicional quedan circunscritos en muchas ocasiones al ámbito familiar y del hogar, o en otros entornos restringidos como los bares. Esta ausencia de hábitos de reunión en el espacio público contrasta con el uso habitual que hacen de él otras comunidades como las que mantienen vínculos de pertenencia étnica o nacional, donde el espacio público se vuelve fundamental para desarrollar redes basadas en la reciprocidad.

¹⁴ P. Bourdieu, «The forms of capital», en J. Richardson (eds), *Handbook of Theory and Research for the Sociology of Education*, Greenwood, Nueva York, 1986, p. 248.

¹⁵ R. Putnam, *Solo en la bolera*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2002.

Desde el punto de vista del capital social puente, los espacios de encuentro y las prácticas cotidianas son fundamentales para establecer lazos que sustenten la actividad comunitaria. El contacto entre personas diferentes que surge en las actividades comunes o en la vecindad consigue convertir al otro generalizado en un otro concreto, ayudando a eliminar prejuicios y distancias. Para los niños y los jóvenes, las actividades educativas en las que existe mezcla social suponen un encuentro con realidades diferentes, lo que hace que tengan una ventaja a la hora de establecer puentes entre diferentes. La escuela, el instituto o espacios de educación no formal son lugares de interacción entre grupos, donde gana fuerza la identificación generacional entre los jóvenes y pierden relevancia las diferencias étnicas o nacionales. La importancia de que los jóvenes se relacionen con personas de orígenes diversos no es tanta por el vínculo que forman entre ellos, sino por los puentes paralelos que se tienden alrededor de esas relaciones. Al compartir experiencias con personas distintas, también se comparte una parte más pequeña de los círculos íntimos de esas personas. Del mismo modo que los jóvenes encuentran en los centros educativos los espacios de encuentro, los adultos lo hacen en sus lugares de trabajo.

Muchas de las personas más mayores, que llevan viviendo en el barrio desde que eran jóvenes han visto como su vecindario ha pasado de ser un lugar lleno de vínculos a un sitio lleno de desconocidos

Para las personas que están fuera del ámbito educativo y laboral, los encuentros en el espacio público son el elemento fundamental para establecer puentes con los diferentes. Sin embargo, en muchas ocasiones los grupos ocupan el espacio de manera segregada y existen circunstancias que dificultan las relaciones entre grupos o personas diferentes en parques y plazas.

La participación ciudadana como forma de enfrentarse a la vulnerabilidad

Los procesos colectivos que se están llevando a cabo en el barrio en los últimos años son un buen ejemplo del potencial que tiene la organización vecinal para darle la vuelta a las situaciones de vulnerabilidad. Colectivos como Red Delicias suponen una buena experiencia en el desarrollo de redes ciudadanas que plantean nuevos marcos sobre el futuro del barrio desde la investigación y la acción social. Sin embargo, el riesgo de que los colectivos más vulnerables se queden al margen de la participación sigue estando muy presente. La falta de participación es otra vulnerabilidad añadida de ciertos colectivos, que al no sentirse parte de la comunidad barrial no invierten en la construcción de un futuro común. Sobre el

riesgo a quedar excluidos de la participación política hemos identificados tres tipos: los no arraigados, los no reconocidos y los alejados de las instituciones.

Los no arraigados son las personas que manifiestan su deseo de irse del barrio si tuvieran la oportunidad. Esta posición es especialmente preocupante en el caso de los jóvenes que ven su permanencia en el barrio como un impedimento para prosperar en términos económicos o de clase social. La falta de referentes de un estatus social más elevado dentro de la zona hace que algunas personas interpreten el barrio como una cárcel de la pobreza, de la que solo pueden escapar cambiando de zona. Existen otros ejemplos como personas migrantes que están de paso y que sus condiciones legales y económicas no les permiten pensar en un futuro en el barrio, sino que están más preocupados por su propia subsistencia o la permanencia en el país.

Los no reconocidos¹⁶ son quienes no se ven a sí mismos como sujetos políticos ni se les reconoce su papel en las decisiones colectivas. Las mujeres y especialmente las más mayores, que tradicionalmente han estado alejadas de la esfera pública, están menos implicadas en los debates públicos y en el movimiento vecinal. Además de la edad, la intersección entre el género y el grupo étnico marca los distintos grados de reconocimiento público. Algunos grupos como el de mujeres gitanas o mujeres marroquíes mostraban un interés mucho mayor por lo que pasa dentro de sus hogares que por lo que ocurría fuera de ellos.

Los alejados de las instituciones son quienes están interesados por lo que ocurre en la esfera pública del barrio, pero cuyo grado de interlocución con las administraciones es mínimo. Este problema lo hemos observado especialmente representado entre los hombre gitanos, que ven al Ayuntamiento como un problema o como un mero proveedor. Por un lado, el Ayuntamiento es visto como el causante de todos sus problemas, como por ejemplo los realojos de familias conflictivas en el barrio, la situación de abandono y degradación de las calles o el acoso policial. La otra imagen que comparten es la del Ayuntamiento como un mero proveedor de servicios, que está obligado a devolver mediante servicios públicos lo que han ingresado a través de impuestos. Este tipo de imágenes de las administraciones impiden que exista una interlocución efectiva y que ciertos colectivos se alejen cada vez más del ámbito de las decisiones políticas.

A modo de conclusión

El camino para avanzar en la cohesión social de las zonas más vulnerables pasa por articular unas políticas públicas que reviertan los problemas estructurales como la pobreza o

¹⁶ S. Sassen, «Reubicar la ciudadanía. Posibilidades emergentes en la nueva geografía política», en S.Sassen, *Contra geografías de la globalización. Género y ciudadanía en circuitos transfronterizos*, Traficantes de Sueños, Madrid 2003, pp. 87-114.

las deficiencias urbanísticas. Los grandes cambios que están viviendo las ciudades españolas en las últimas décadas, que producen espacios cada vez más segregados socioeconómicamente, necesitan la intervención de las instituciones públicas para implementar medidas de redistribución y que promuevan la mezcla social. Sin embargo, el apoyo institucional no es suficiente. En contextos de vulnerabilidad se vuelve muy necesaria la implicación ciudadana por medio del asociacionismo y los movimientos vecinales para construir una comunidad resistente ante las adversidades y que mire hacia el futuro. Las conexiones entre grupos y personas diferentes que se forjan en los proyectos de futuro para el barrio son la mejor manera de reconstruir una comunidad que se reconozca en las diferencias de quienes la forman.